

A black and white close-up portrait of Patricia Velásquez, looking directly at the camera with a neutral expression. Her dark, wavy hair frames her face.

Sin tacones *Sin reserva*

DIARIO DE UNA SUPERMODELO
EN BÚSQUEDA DE SU VERDAD

MEMORIAS

PATRICIA
VELÁSQUEZ

CANGREJO
EDITORES

Sin tacones
Sin reserva

Sin tacones *Sin reserva*

DIARIO DE UNA SUPERMODELO
EN BÚSQUEDA DE SU VERDAD

MEMORIAS

**PATRICIA
VELÁSQUEZ**

CANGREJO
EDITORES

PRIMERA EDICIÓN EN ESPAÑOL: ABRIL DE 2015

Título original en inglés: *Straight Walk*

© Patricia Velásquez, 2014

© Post Hill Press, 2014
New York, EE.UU.

© Cangrejo Editores, 2015
Carrera 24 No. 61 D - 42 Bogotá, D.C.,
Colombia
Telefax: (571) 276 6440 - 541 0592
cangrejoedit@cangrejoeditores.com
www.cangrejoeditores.com

© Ediciones Gato Azul, 2015
edicionesgatoazul@yahoo.com.ar
Buenos Aires, Argentina
ISBN: 978-958-8296-58-6

DIRECCIÓN EDITORIAL:

Leyla Bibiana Cangrejo Aljure

TRADUCCIÓN:

Amparo Mahecha

Ligia Ruby González

CORRECCIÓN FILOLÓGICA:

Félix Ceballos

PREPrensa DIGITAL:

Cangrejo Editores Ltda.

FOTOGRAFÍA:

920 cd 21 ed.

A1483396

2015 Velásquez, Patricia, 1971

Sin tacones, Sin reservas / Patricia

Velásquez ; Lekha Singh, Sante D'orato

; trad. de: Amparo Mahecha, Ligia Ruby

González, Félix Ceballos — Bogotá :

Cangrejo Editores, 2015.

232 p. : 17 x 24 cm

Título original en inglés: *Straight Walk*

ISBN: 978-958-8296-58-6

1. Velásquez, Patricia, 1971 - - Autobiografías
 2. Modelaje como profesión - Relatos personales
 3. Homosexualidad - Relatos personales
 4. Violencia contra las mujeres - Relatos personales
 5. Derechos de la mujer - Relatos personales
 6. Discriminación contra la mujer - Relatos personales
- I. Singh, Lekha, ft. II. D'orato, Sante, ft. III. González, Ligia Ruby, tr. IV. Mahecha, Amparo, tr. V. Ceballos, Félix, tr. VI. Tít.

CEP-BANCO DE LA REPÚBLICA

BIBLIOTECA LUIS ÁNGEL ARANGO

© Lekha Singh, por las fotos de la cubierta y la autora

© Sante D'Orazio, por la foto de contraportada

COLABORACIÓN:

Marianne Vegas-Brand, maquillaje

Alexander Tome, peinado

DISEÑO DE CUBIERTA:

Diana Nuhn

DISEÑO DE INTERIORES:

Germán I. Bello Vargas

Todos los derechos reservados, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistema recuperable o transmitida en forma alguna o por ningún medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin previo permiso escrito de Cangrejo Editores.

ePub por Hipertexto / www.hipertexto.com.co

Para mi madre Lidela
Para mi hija Maya

Algunos nombres han sido cambiados para proteger la identidad de las personas.

Prólogo

El dolor de la mentira hiere de manera profunda y cada vez que yo decía una, por pequeña que pareciera, se incrustaba en cada fibra de mi ser, desgarrándola. Vivir una mentira año tras año fue una experiencia especialmente tortuosa, y entre más la vivía más me daba cuenta de que la mentira, la vida falsa que yo había construido y la vida real que simulaba que no existía, erosionaba mi alma pedazo a pedazo, corroyendo la esencia de lo que alguna vez fui. Esa mentira invadía con su peso todas las cosas que yo hacía y todos los pensamientos que tenía. Físicamente estaba allí, donde tenía que estar, pero espiritual y mentalmente, vivir una mentira me aislaba, acentuaba la sensación de soledad, que de por sí me acompañaba la mayor parte del tiempo, y producía un sentimiento de rechazo hacia mí tan abrumador que hacía que se desangraran mis venas. Toda la fama, el éxito y la celebridad que pudiera alcanzar no podían depurar el daño causado.

Pensaba que al mentir protegía a mi familia pero, por el contrario, la mentira infligía un constante y mudo dolor en ellos, tanto, que les impedía seguir sus propios destinos. Creía que mentía *por ellos*, pero quizá sólo me engañaba a mí misma para detener mi propio dolor; tal vez me había convencido de que lo que estaba haciendo era lo mejor para ellos, pero la verdad es que no era bueno para ninguno de nosotros. Casi demasiado

tarde me di cuenta de las implicaciones que tendría ese secreto en mi propia vida y, lo peor de todo, en la de quienes más amaba en el mundo.

Capítulo Uno

La primera mentira se me hizo fácil.

A Limayri y a mí nos empujaban y apretaban en la entrada mientras esperábamos de pie y codo a codo, junto a quince mil adolescentes ansiosos, a que se abrieran las puertas del concierto. Vivíamos en una de las ciudades más calurosas no sólo de Venezuela sino del planeta, y la humedad que había ese día era agobiante. Las gotas se escurrían por nuestra frente, caían por nuestra espalda y por detrás de mis piernas, que siempre transpiraban. No quería ir al concierto, pero mi hermana me había rogado durante toda esa semana que la acompañara.

—Patricia, es la banda más importante del mundo ahorita —me decía una noche en nuestro cuarto—. Por favor, ven conmigo.

—Me gustan mucho, pero no quiero ir allá y ponerme a gritar como loca por una banda, —respondí.

—Pero mi mamá dijo que si me acompañabas me dejaría ir.

Limayri tenía diecisiete años y yo quince. Sabía que ella quería estar en ese concierto más que nada en el mundo, así es que cedí y acordé acompañarla.

Mientras esperábamos a que se abrieran las puertas de la Plaza de Toros, el estadio destinado a la fiesta brava y convertido ahora en sala de conciertos, de repente sentí deseos de gritar, sorprendida por lo atrapada que estaba en la histeria colectiva despertada por esta famosa banda

española, que había llegado a mi ciudad, Maracaibo. Cuando finalmente nos permitieron entrar, cientos de adolescentes se abalanzaron como si fuese una represa de agua que se rompe. Mi hermana y yo corrimos tan rápido como pudimos para intentar llegar a la fila del frente. No había sillas donde estábamos ni algún lugar asignado para escuchar el concierto, sólo un sitio para estar de pie en la tierra donde los toros normalmente corrían y peleaban por sus vidas. Nos echamos a correr más rápido que los demás, como si nosotras mismas fuéramos los toros, abriéndonos paso hacia el escenario.

La multitud era enorme y ruidosa. Todos eufóricos, en especial Limayri, quien llevaba un bluyín muy ajustado que se le veía muy bien.

El ruido que hacían los adolescentes era ensordecedor y, en lo que parecieron minutos, las luces se apagaron, el escenario se iluminó y la banda salió y empezó a tocar, como nunca antes habíamos escuchado. Interpretaban una balada de música *pop* y eran lo último en su género, estaban a la vanguardia. Apenas me percaté de la cantante principal, una mujer de estatura baja, el baterista y los otros dos que conformaban la banda, pero quedé profundamente impresionada con el músico que estaba retirado a un lado y llevaba puesto un bluyín y, a pesar del calor, una raída chaqueta de cuero color café. No podía quitarle los ojos de encima a ese hombre de sonrisa torcida, tan atractivo con su cabello marrón, corto y rizado, y su nariz un poco grande. Me gustaba la forma como se movía, la manera como le daba a su pie al ritmo del instrumento que tocaba. Tan pronto la música comenzó me volví loca por él. Me encapriché con ese hombre a quien ni siquiera conocía. Fue tal el impacto, que sentí un vacío en el estómago y podía escuchar mi corazón latiendo a toda velocidad, a punto de explotar. Pensé que la razón de mi fascinación era el hecho de que nunca antes vi una banda así de famosa y, sin duda, jamás había estado tan cerca de una celebridad. Había asistido a otros conciertos pero éste era el más grande.

Mientras lo observaba, él se percató de mi presencia y desde ese instante no dejamos de mirarnos, aunque por momentos bajaba la vista al tocar. Sonreí cuando escuché hablar a la chica que estaba a mi lado:

—¡Dios mío! —dijo—. Me está mirando. Ella gritaba “Me está mirando” a quienquiera que pudiera escucharla.

Esa joven hablaba de mi chico y yo me reía cada vez que lo decía, lo que sucedía con frecuencia. Pero yo sabía que era a mí a quien observaba y no a esa extraña que estaba a mi izquierda. Sin embargo, todos estaban tan locos por la banda que podía comprender que para cualquier persona resultara sorprendente recibir la atención que estaba dirigida hacia mí.

De pronto me distraje al ver que una chica se desmayaba al final de la fila. Cayó al suelo de un golpe. Al parecer, no logró resistir el calor y la intensa emoción del momento. En segundos, un guardia de seguridad alto, calvo y musculoso, vestido con pantalón y camiseta negra, que llevaba sus brazos cubiertos de tatuajes, salió corriendo y la levantó, apartándola hacia un lado del escenario. En los minutos siguientes, mientras la banda tocaba, otras chicas se desplomaron al igual que la primera.

Cuando una canción lenta acababa y una más movida comenzaba a sonar, me di cuenta de que el concierto estaba por terminar. Todo el estadio saltaba y gritaba con frenesí anticipando el final. Empecé a sentirme un poco desesperada, necesitaba acercarme a él.

Sin dejar de mirarlo me recosté en el hombro de Limayri, tarareando la canción, y rogando que nadie más me escuchara, le dije: “sostén mi mano”, y le repetí mientras agarraba la suya. Ya era de noche y el cielo estaba completamente oscuro.

Limayri no preguntó el motivo, sólo me sostuvo. Luego hice que mis piernas se doblaran y me dejé caer en la tierra con los ojos cerrados. En cuestión de segundos, fui sostenida por el mismo guardia musculoso y llevada detrás del escenario, con mi hermana corriendo a mi lado.

Supe, por la lejanía del ruido, que estábamos fuera de la multitud. Podía escuchar la música pero los fanáticos que gritaban estaban lejos. Finalmente abrí los ojos y miré a mi hermana que permanecía junto a mí.

—¿Estás bien? —preguntó con sus ojos llenos de lágrimas. Debí haberle comentado con anticipación mi plan de desmayarme, pero habría sido algo difícil de explicar y debía actuar con rapidez.

Miré a mi alrededor y supe de inmediato que me hallaba en los bastidores. Podía observar los peldaños que conducían al escenario, donde la banda aún estaba tocando. Sus integrantes pronto pasarían por donde estábamos nosotras.

El guardia me colocó sobre los mismos escalones por unos segundos y, cuando me levanté, me aseguré de parecer débil. Miré a Limayri y le hice un guiño. Ella entendió de inmediato que yo había hecho que nos trajeran tras bambalinas. Actuando con viveza como siempre, hizo un discreto gesto de aceptación y me siguió la corriente.

—¡Por Dios! —exclamé y, acto seguido, me trajeron un asiento, en el que me acomodé.

—Menos mal que estás bien —dijo Limayri—. Estás bien, ¿verdad? Luego puso su mano sobre mi frente.

—Patricia, todavía estás caliente, ¡ay no! ¿estás enferma?

Era buena aparentando. Me miró con complicidad y vi que estaba conteniendo la risa. Este momento le alegró el día a mi hermana más de lo que hubiera imaginado cuando salimos de nuestro apartamento hacía ya unas horas. Estar tras bambalinas, y no sólo en la fila del frente, fue una nueva razón para sentirse orgullosa.

Segundos después, cesó la música y las luces se apagaron. Escuchaba a los fanáticos gritar en la distancia. Miré hacia el escenario y vi que los músicos venían bajando las escaleras. El ruido de sus botas sonaba fuerte sobre los escalones metálicos mientras se movían. Mi chico fue el tercero en salir y, antes de que estuviera cerca de los escalones, me miró. Me di

cuenta de que había visto mi desmayo y probablemente sabía que estaría allí cuando saliera. Bajó del escenario y se detuvo frente a mí. En ese momento, Limayri se limitaba a observar todo, sonriendo. Los últimos músicos bajaron saltando las escaleras y uno de ellos le dio un golpe en la espalda, al pasar por su lado.

—Hola —dijo— ¿Cómo te llamas?

Me puse nerviosa. No sabía si levantarme de nuevo, porque esto podría revelar que había fingido el desmayo. Opté por quedarme sentada y respondí: —Patricia.

—Soy Ernesto —dijo él.

Me volví hacia Limayri y le dije con ansias:

—¿Tienes papel y lápiz?

Parecía estar atónita y no se movió. —Rápido —le dije—, papel. Todos estaban apurados, y la banda empezaba a salir con premura. Los técnicos ya estaban desmontando algunos equipos del escenario.

Mi hermana metió la mano en su cartera, sacó su entrada al concierto y su bolígrafo, y me los entregó. Anoté el número de teléfono de nuestro apartamento. Luego se lo entregué a él sin decir nada. Sabía que tenía poco tiempo para hacer mi jugada.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, tenía que estar más cerca de ti —le dije, sorprendida de haber sido tan explícita y con tanta facilidad—. Llámame —y le entregué el papel.

—Está bien —dijo—. Nos vamos a primera hora de la mañana para Caracas, pero te llamaré.

Sabía que, probablemente, muchas chicas habían hecho lo mismo que yo acababa de hacer y que estaba acostumbrado a este tipo de cosas, pero percibí sinceridad en él. Su voz era suave y su mirada auténtica. Me observó con atención y sonrió. Puso la entrada con mi número en el bolsillo delantero de su bluyín, me tocó el hombro, y se fue.

Esa noche me mantuve despierta, sentada en la sala, mirando las paredes blancas, casi hipnotizada por ellas, esperando a que llamara. Había un teléfono en la cocina y otro en el cuarto de mi mamá, así que tenía que permanecer lo más cerca posible para que ella no respondiera antes que yo. No podía dormir, no es que quisiera oír su voz, es que lo necesitaba. Pero no llamó. El teléfono nunca sonó esa noche. Me preguntaba si le habría dado el número equivocado o si habría perdido el papel; estaba tan segura de que me hablaría. A la mañana siguiente no fui al colegio. No pude, tenía que esperar. Le dije a mi mamá que estaba enferma y, como no era habitual, me creyó. Jamás le había dado una razón para que pensara que lo que yo decía no fuera la verdad. Limayri tenía un espíritu libre, yo no. Ella era divertida y espontánea. Yo seguía más las reglas y no acostumbraba tomar riesgos. Además, nunca le había mentido.

En la mañana mis hermanos salieron para el colegio, y mi mamá se fue al trabajo. Ya sola en el apartamento me entró el pánico. Sentí que tenía que verlo. Estaba tan obsesionada que, sin importar lo que sucediera, pensaba que debía ver a este hombre, necesitaba hacerlo. A media tarde, el teléfono aún no había sonado y estaba tratando de encontrar la manera de localizar a este músico. Decidí que si él no me llamaba, buscaría su número y lo llamaría yo misma.

Entré en la cocina, abrí un cajón y saqué el directorio telefónico. Había dicho que saldrían ese día para Caracas. Pasé las páginas amarillas e hice una lista de todos los hoteles de cinco estrellas. Luego empecé a llamar a cada uno, en busca de mi estrella de *rock*. En el cuarto hotel tuve suerte.

—Hotel Hilton. ¿Cómo podemos ayudarlo? —dijo una operadora.

—Con la habitación de Ernesto Escudero, por favor —respondí, sosteniendo el auricular del teléfono con fuerza.

—Deme un segundo, por favor —escuché al otro lado.

Di un grito ahogado. No podía creer que había encontrado a este hombre. Esperé en silencio con el auricular en la oreja.

—No está en su habitación, ¿desea dejar un mensaje? — preguntó la operadora cuando regresó a la línea.

La cabeza me daba vueltas. Sin pensarlo le respondí:

—Es urgente que le dé este recado, es una cuestión de vida o muerte. Sé que va a salir muy pronto, y es un asunto de familia, así que por favor dígame que me llame de inmediato. Le di todos mis datos y ella contestó:

—No se preocupe, me aseguraré de que reciba su mensaje. Luego, colgamos.

Ni siquiera me había cambiado el pijama porque necesitaba estar cerca del teléfono.

Mis hermanos y mi mamá finalmente regresarían. Pensé que tal vez estaría en el ensayo para el concierto de esa noche. ¿Qué otra cosa podría estar haciendo que le impidiera llamarme? Me imaginé que volvería pronto. Todos estos pensamientos se arremolinaban en mi cabeza, mientras me sentaba en una silla de la cocina, abrazando mis rodillas.

La puerta se abrió y mi hermana menor, Caty, entró. Su uniforme siempre se veía tan pulcro y bien planchado al final del día, como lo estaba cuando partía por la mañana. Me miró, sospechando que yo estaba planeando algo raro; luego cruzó por mi lado y se dirigió directamente al cuarto. La vi pasar, olvidando de momento lo que estaba haciendo, cuando de repente me sorprendió el timbre del teléfono. Lo agarré de inmediato. Sabía que era él y que yo estaba a punto de cometer una locura.

Esa llamada cambió mi vida pero, en ese momento, no dimensioné cuánto lo haría.

Capítulo Dos

Vivíamos en el quinceavo piso de un edificio en una zona llamada Valle Frío. Solía pararme en la terraza y me cubría la parte inferior de la cara con la mano, para que la única vista que tuviera, mientras fijaba la mirada en el horizonte, fuera una muy hermosa. Divisaba una urbanización que quedaba a lo largo de la orilla del lago, allá en la distancia. Con frecuencia, mi mamá se sentaba en su mecedora, en la sala de estar, y veía películas del oeste. Le encantaban las películas de vaqueros. Pero yo sentía sed cuando contemplaba a estos vaqueros en la tierra seca donde corrían sus caballos. Así que cuando el televisor se encendía, esperaba unos pocos minutos y me iba a las ventanas. Allí apartaba todo de mi mente, excepto el lago y los veleros, y soñaba con estar junto a esas personas, navegando sobre el agua, sumergiéndome en ella.

Cuando tenía solo un año de edad, dejamos nuestro nuevo apartamento en Venezuela, porque a mi papá le ofrecieron un puesto académico para estudiar y trabajar con la UNESCO en París. No recuerdo mucho, pero me dijeron que empecé a hablar francés al mismo tiempo que español. Unos años más tarde, nos trasladamos de París a Pátzcuaro, México, por otro cargo que recibió mi papá también a través de la UNESCO. Allí vivíamos en un hermoso vecindario cerrado, que tenía un parque gigante en el medio, donde corríamos con libertad, trepábamos los árboles y jugábamos. Recuerdo que ese lugar tenía una fuente enorme, con

azulejos y arcilla roja, en frente de la casa principal donde vivíamos. Era un lugar privilegiado para crecer.

Cuando a mi papá se le terminó el contrato tuvimos que regresar a Maracaibo a vivir en el apartamento que compramos en la colina, hacía menos de una década. Pero allí todo había cambiado dramáticamente. Se convirtió en lo que usualmente llamamos una *invasión*. El edificio, al pasar de los años fue rodeado de *ranchos* o casas de extrema pobreza. Así fue como paulatinamente surgió este *barrio*. Nuestra casa se conservó hermosa, gracias a los esfuerzos incansables de mi mamá por mantener un hogar lindo para nosotros. Sin embargo, cuando salía al balcón y retiraba la mano de la cara para observar la vista completa, me percataba de la realidad: nuestro edificio, que una vez había resplandecido, necesitaba reparaciones en todos sus rincones. El barrio que rodeaba el vecindario parecía un desierto también, se veía seco y decrepito, carente de vitalidad y vegetación. Nuestro edificio quedó de repente ubicado en una zona muy empobrecida de la ciudad, era como si estuviera en el lugar equivocado.

Mi mamá hizo lo que pudo para darnos a todos una buena infancia. Los domingos eran algo especial porque, amontonados en el carro nos íbamos a la playa. Después de todo, éramos de un país caribeño. Viajábamos hasta *Caimare Chico* en nuestra región indígena *Wayúu*, que era segura en ese entonces, aunque eso cambió con los años. Los hermanos de mi mamá eran once, razón por la cual yo tenía más de cien primos hermanos, así que cuando nos reuníamos en la playa, se formaba una gran fiesta. Los niños nadaban todo el día, la música sonaba muy fuerte con vallenatos, comíamos ovejo a la parrilla con *arepas* y se tomaba cerveza. La playa estaba llena de cientos de familias divirtiéndose igual que la nuestra, pero con frecuencia la fiesta acababa mal porque en la única vía por la que se entraba y salía ocurrían muchos accidentes. Las personas se emborrachaban y manejaban en ese estado hacia su casa. Era un lugar raro pero maravilloso. Mis tías se sentaban bajo sombrillas playeras o debajo de

cabañas de paja hechas sobre la arena, y conversaban. Mi mamá era alérgica al sol, por lo que se quedaba en la sombra, aunque de vez en cuando caminaba hasta la orilla y arrodillada salpicaba un poco de agua en sus brazos y rostro, pero nunca se aventuraba a meterse al mar. Después, regresaba a la cabaña. Supuse que no sabía nadar, pero me preguntaba por qué nunca avanzaba un poco más.

El sentimiento de amor siempre estuvo, pero mi familia no acostumbraba a manifestar afecto. No había abrazos ni decíamos “te amo”, porque nuestro pueblo indígena *Wayúu*, por naturaleza, nunca ha sido expresivo. El amor para mí significaba compromiso y sacrificio, como lo demostraba mi mamá al tratar de mantenernos sanos y felices. Trabajaba como directora de un jardín infantil, que contaba con cientos de niños. Resultaba una gran responsabilidad, ya que era la escuela más grande del Estado, y ella realizaba muy bien su gestión.

Todos los días llegaba a casa del trabajo y dedicaba su tiempo a cuidar de nosotros, sin ninguna ayuda. Nunca se quejó e hizo todo lo posible por hacernos sentir como si tuviéramos lo suficiente pero, en retrospectiva, la presión debe haber sido enorme para ella. Mi mamá era una mujer tímida y callada, por eso tal vez no se lamentaba y nosotros jamás tocábamos el tema. El amor en nuestro hogar no fue efusivo ni adquirió una expresión física cuando éramos jóvenes; sin embargo, estaba presente todo el tiempo.

Mi papá viajaba con frecuencia por trabajo y aunque tenía varios doctorados en Educación de adultos y era un hombre muy calificado, nuestro país no ofrecía muchas alternativas profesionales y mucho menos lucrativas para alguien como él. En ese entonces yo lo juzgaba porque no permanecía con nosotros aunque sabía que nos amaba. Estaba presente en los cumpleaños y en las ocasiones importantes; no podía ver los esfuerzos y sacrificios que él hacía, sólo notaba los de mi mamá a quien veíamos luchar a diario para poder pagar las cuentas; aunque nuestra situación no

era diferente a la triste realidad que debían enfrentar muchas familias en Latinoamérica.

La relación entre mis padres se deterioró poco a poco, año tras año. Mi mamá criaba a seis hijos con lo mínimo. Cuando pienso en lo que solíamos comer para la cena, recuerdo que siempre era cerdo; mi mamá generalmente lo freía y, si teníamos pan, entonces preparábamos un *sandwich* adicionando un poco de queso. Ella compraba siete pedazos de puerco, pero algunas veces Limayri se levantaba tarde en la noche e inocentemente se preparaba una porción. Así que cuando llegaba la hora de cenar al día siguiente, no había cerdo en el plato de mi mamá. No disponíamos de dinero sobrante para comprar algo más. Con el tiempo dejé de comer esta carne por completo, ya que me recordaba aquellos días en que la consumíamos mucho. En muy contadas ocasiones nos deleitábamos con un verdadero *bistec*, y esa excepción era un gran lujo.

La comida era escasa pero el agua lo era aún más. Con bastante irregularidad llegaba el camión del agua. Las cosas se ponían difíciles cuando estábamos muchos días sin ella, sobre todo porque el baño olía mal y las hormigas y cucarachas se instalaban allí. No podíamos descargar el inodoro con frecuencia, por lo que el mal olor permanecía rondando en el ambiente. De niña tenía problemas digestivos; me costaba trabajo ir al baño y el hedor parecía peor de lo que era, porque debía quedarme allí por largo tiempo. Mis piernas se adormecían mientras permanecía sentada. De hecho, hacía mis tareas en el baño. Podíamos bañarnos, pero por lo general con una ollita.

Cuando el camión, o en raras ocasiones dos camiones, subían al barrio, los oíamos y como un llamado de diana entrábamos en acción. Todos teníamos una tarea asignada y debíamos movernos rápido. Escuchábamos cómo se llenaban las tuberías y, entonces, abríamos todos los grifos en la casa, pero como estábamos en el piso quince, nos duraba menos el agua que a los vecinos de los pisos inferiores. Una vez que el agua comenzaba a

salir, yo lavaba los platos, mientras una de mis hermanas los secaba; mis hermanos llenaban baldes y los colocaban en todas partes, con el fin de que tuviéramos una reserva para bañarnos y lavar los platos en los días siguientes. Mi mamá limpiaba el baño. Por lo general teníamos diez minutos, una vez que el camión llenaba los tanques de agua, para hacer todas estas labores.

Nuestro apartamento era hermoso a pesar de la escasez. En Venezuela las calles pueden estar inundadas de basura pero, adentro, nuestros hogares permanecen limpios. Mi mamá compensaba las malas condiciones con muchas plantas en el apartamento y, además, teníamos unos hermosos muebles de madera traídos de México. Así que aunque había pequeñas filas de hormigas, las que nunca pudimos erradicar, ella creó un espacio lindo para nosotros.

Mi papá nos dio a todos una buena educación, porque pensaba que era algo muy importante y así nos lo hizo entender. Asistíamos a un colegio excelente, lo que se convirtió en un problema social, que minimizábamos ante nuestros padres, porque mientras nosotros carecíamos de dinero, todos los demás estudiantes eran ricos, ante nuestros ojos. Teníamos que tomar el autobús de la ruta 6 para llegar allí. Éste era usado generalmente por personas de bajos recursos. No había mayor evidencia de la brecha social en la manera como estaban estratificados los medios de transporte.

Debido a nuestros años en México, a nuestro acento y a las palabras que utilizábamos, ni siquiera parecíamos venezolanos, aparentábamos ser mexicanos, y eso nos funcionó bastante bien. Utilicé esto, en parte, porque me sentía como una extranjera, pero también porque sabía que yo era diferente a todos los demás y no quería que la separación que existía fuera alrededor del dinero. En su lugar, hicimos que la diferencia girara en torno al lugar de procedencia, aunque más tarde comprendí que todo el mundo tuvo sus luchas en la vida. México sonaba tan extraño que parecía algo sofisticado y especial. El ser “mexicana” me ayudaba a enmascarar mi

sentimiento de falta de pertenencia. Y es que era demasiado duro enfrentar la realidad: estábamos en la ruina y viajábamos en ese autobús. Mis hermanos, aunque nunca lo comentamos, también desempeñaban ese papel secreto, sobre todo porque eran buenos para el fútbol; incluso, los chicos en el campo, se referían a ellos como “los mexicanos”. Ellos nunca los corrigieron.

Mi sentimiento era tal que, al salir del colegio, caminaba para tomar el autobús, a unas pocas cuadras, y me escondía detrás de la cerca de una casa, agachándome para que nadie pudiera ver dónde lo esperaba. Los otros niños eran recogidos en carros y llevados a sus casas. Yo tenía que pasar delante de ellos para llegar al autobús, al otro lado de la avenida. Veía cómo pasaban los autos uno tras otro y, de vez en cuando, perdía el autobús para que nadie de mi clase me viera subiéndome en él. Me escondía y esperaba, en el momento que se acercaba otro y cuando ya no pasaba ninguno de esos carros, corría muy rápido para subirme en él. Como tenía una tía que vivía muy cerca del colegio, si me encontraba con alguien en el camino a la parada, le decía que iba a casa de mi tía, para explicar por qué iba a pie.

La mayoría de los días, cuando me agachaba detrás de la cerca, no me atrevía siquiera a soñar que saldría de ese lugar, o a pensar que tendría la oportunidad de vivir de una manera diferente. Esa era la vida que yo conocía. Aun así, nunca me sentí anclada allí ni en ningún otro lugar. Casi siempre tenía esa sensación de no pertenecer, sin importar dónde me encontrara. Por alguna razón, yo era una persona diferente en esencia, y ese sentimiento puede haber tenido algo que ver con la forma como mi vida finalmente se desarrolló. En ese momento no sabía por qué vivía con esa percepción de extrañeza todos los días. Sólo tiempo después supe exactamente la razón de esa sensación, pero sabía que lo sentía, y siempre fue una lucha.

Capítulo Tres

A medida que crecía, evadía mis sentimientos bailando; formaba parte de algún grupo de danza, desde los cinco años de edad. El grupo en particular creaba un espacio donde se estaba bien, donde se podía simplemente ser y no tener que esforzarse para sentirse incluido. Sólo bailaba por bailar, sin buscar aprobación, ni siquiera en el escenario. Iba casi todos los días de tres a seis de la tarde, lo que me diferenciaba del resto de los jóvenes del colegio, porque no participaba en muchas de las actividades que ellos realizaban; y como si fuera poco, tenía que estudiar después del baile.

Además de aprender esta modalidad artística, adquirí la disciplina y la dedicación, que me permitieron resistir ante las dificultades de la vida y de mi profesión. No voy a decir que estaba totalmente de acuerdo con la metodología que se utilizaba en aquel entonces. Cuando llegué a los catorce años, tuve una directora muy estricta, la señorita Soraya, quien diariamente nos hacía parar en una báscula cuando se aproximaba una gira. Era un importante grupo de danza, así que nosotras acatábamos el rigor de la directora y no comíamos lo que otras jóvenes adolescentes acostumbraban a comer: no ingeríamos nada frito, ni probábamos pastelitos de carne o queso. En retrospectiva, está claro que algunas de las chicas con las que yo bailaba eran bulímicas o anoréxicas. Éramos siete u ocho, y todas teníamos diferentes papeles principales en varios números,